Ricardo Menéndez Salmón

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Oviedo, escribe en los diarios ABC, El Confidencial y La Nueva España, y colabora en las revistas El Mercurio, Quimera y Tiempo. Ha sido director literario de KRK Ediciones.
Entre los premios literarios que ha recibido destacan el de la Crítica de Asturias de Narrativa, que concede la Asociación de Escritores de Asturias, por el libro Los caballos azules, y el Premio Juan Rulfo del año 2003 otorgado por Radio Francia Internacional y el Instituto de México en París por el relato «Los caballos azules».
Su novela La ofensa (2007), considerada por El Periódico de Cataluña, el diario El Mundo y la revista Qué Leer uno de los diez mejores libros de 2007, recibió el Premio Qwerty de Barcelona Televisión a la revelación del año y el Premio Librería Sintagma a la mejor novela de 2007, además de ser considerada por la revista Quimera como la mejor obra de narrativa publicada en 2007.
Por su parte, Derrumbe (2008) fue escogida por el diario El País como la mejor novela en español publicada en 2008 por un autor menor de cuarenta años y recibió el Premio de la Crítica de Asturias a la mejor novela publicada en ese año.
En 2009, Menéndez Salmón recibió el Premio de la Crítica de la Feria del Libro de Bilbao en reconocimiento a la trilogía compuesta por La ofensa, Derrumbe y El corrector. En 2010, su obra Asturias para Vera (Viaje sentimental de un padre escritor) obtuvo el V Premio Llanes de Viajes; ese mismo año, su novela La luz es más antigua que el amor mereció el Premio Cálamo «Otra mirada».

https://es.wikipedia.org/wiki/Ricardo_Men%C3%A9ndez_Salm%C3%B3n

Entrevista con Ricardo Menéndez Salmón

De algún modo, en todas sus novelas siempre está el telón de fondo del terror. ¿Por qué le interesa tanto este aspecto? Porque me parece constitutivo no sólo de nuestro tiempo, sino del propio concepto de humanidad. Hay una intuición de Roberto Arlt en *Los siete locos* que asumo como propia: «Sólo el mal», dice el escritor argentino, «afirma la presencia del hombre sobre la tierra». Frase terrible pero muy certera, porque a poco que uno reflexione se da cuenta de que la maldad y, por extensión, el terror son privilegio de nuestra especie.
En *La ofensa* el protagonista perdía la sensibilidad ante el terror. En *El corrector* parece que quienes la pierden son los políticos que durante horas intentaron anteponer sus intereses de partido por encima del dolor de los españoles. ¿Por qué le gusta insistir en esa pérdida de sensibilidad del ser humano? Porque también me parece una constante humana. Quizá porque soportamos mal un exceso de realidad y necesitamos atajos para escapar a ella. De todos modos existe una diferencia de grado entre la insensibilidad de Kurt, el protagonista de *La ofensa*, y la de la clase política que nos gobernaba durante las jornadas de marzo. Kurt pierde la sensibilidad porque su ingenuidad, aquello en lo que él creía de un modo bastante *naïf*, entra en conflicto con el mundo; los políticos se hacen insensibles e impermeables a la verdad defendiendo una posición de privilegio.

¿Podríamos decir que la esencia de *El corrector* es la corrupción del lenguaje? Es una de las líneas principales de reflexión, sin duda. El lenguaje es un instrumento poderosísimo pero al tiempo muy frágil. Es poderosísimo porque sólo con el lenguaje podemos adueñarnos del mundo, pero a la vez muy frágil porque las palabras pueden decir lo que la realidad no ha dicho. Todo esto lo explicó insuperablemente Orwell en *1984*. Quien detenta el poder, detenta el lenguaje; quien detenta el lenguaje, detenta la capacidad de transformar e incluso de abolir la realidad.

Usted dijo una vez que en todo discurso filosófico es imposible escapar a Platón. En esta novela Vladimir parece un Platón moderno. Platón es un gran constructor de metáforas. Pensemos en dos de ellas, que aparecen con cierta obstinación en mis libros: la vida falsa que todos experimentamos a través de los simulacros (el esclavo en la caverna) y el sueño de una República ideal dirigida por sabios (tan querida por todos los tiranos ilustrados). Platón es fascinante y peligroso a partes iguales. No sé si Vladimir es un Platón moderno (sospecho que a mí, como a otros escritores, Platón nos querría ver lejos de su República), aunque es cierto que algunas de sus reflexiones indagan en las grandes preguntas platónicas: ¿dónde empieza el conocimiento y hasta dónde llega la opinión?, ¿qué relación existe entre gobernante y gobernado?, ¿debe el dirigente permitir que el artista se inmiscuya en los negocios de la *polis*?

¿Serían los dirigentes actuales los nuevos sofistas o sería mucho decir? Un sofista, para el imaginario griego, es, entre otras cosas, aquella persona capaz de defender algo y su opuesto. Desde esa lógica es plausible ver en el político moderno un sofista cultivado. Creo que lo que Platón, por seguir con el tema, detestaba de los sofistas es lo que Robertson Davies ha sugerido en *Ángeles rebeldes* al definir el escepticismo: el cauteloso reconocimiento de que es posible afirmar la contradicción de cualquier proposición general sin que sea menos digna de crédito que la proposición misma. Dicho en román paladino: que un día nuestros sofistas proponen un Estado laico y al día siguiente llenan de dinero los bolsillos a la Iglesia sin que entre un acto y el otro medie contradicción aparente.

¿Cree que las nuevas tecnologías permiten desactivar de algún modo la manipulación de los políticos? Depende de quién esté detrás de ellas, claro, pero, en general, creo que Internet supone un sano ejercicio de desacralización. Quiero decir que, así como es muy interesante ver una reseña que destroza con argumentos a un pope de la literatura consagrado por la academia, es igualmente grato escuchar a gente que, a través de la Red, expresa sin censura sus opiniones acerca de sus gobernantes.

En sus novelas parece haber un exhaustivo proceso de limpieza, de pulimiento. Es decir, de corrección. ¿Hay un Vladimir dentro de Ricardo Menéndez Salmón? Lo hubo, lo hay, lo habrá siempre. Fui corrector profesional durante años, lo sigo siendo en ocasiones y lo seré siempre ante mis textos y, por deformación, ante los textos ajenos. A veces voy caminando por la calle y

pongo una tilde a un anuncio o descubro una aliteración en un titular de prensa. Esta obsesión siempre fracasada por la obra perfecta, limpia de mancha, la intenté explicar en un relato al que le tengo mucho cariño, «Para una historia privada de la literatura», un homenaje a Kafka que publiqué en mi libro *Gritar*.

Su novela me ha recordado a Don DeLillo y resulta que a Vladimir le gusta mucho este autor. ¿Es casualidad? DeLillo es un gigante; en mi opinión, y hasta donde yo conozco, el mayor escritor vivo. No obstante, no es *El hombre del salto*, la novela con la que quizá se pueda emparentar *El corrector*, la que más me gusta de él. A mí me fascina el DeLillo de *Ruido de fondo*, *Mao II* y *Submundo*, una trilogía insuperada de la estupidez, la violencia y la maravilla que encierra nuestra contemporaneidad.

http://manelharo.blogspot.com/2009/05/entrevista-con-ricardo-menendez-salmon.html